

El choque de ignorancias

Edward W. Said

EN LA PRIMAVERA DE 1993 APARECIÓ EN EL *FOREIGN AFFAIRS* EL ARTÍCULO «EL CHOQUE de civilizaciones», de Samuel Huntington, que suscitó inmediatamente un volumen asombroso de interés y reacciones. Dado que la intención del artículo era presentar a los norteamericanos una tesis original sobre «la nueva fase» de la política mundial tras el fin de la II Guerra Mundial, los argumentos de Huntington parecían amplios, convincentes, audaces e incluso visionarios. Era evidente que iban dirigidos a sus rivales entre los politólogos, teóricos como Francis Fukuyama y sus ideas sobre el final de la historia, además de a las legiones que habían celebrado la llegada de la globalización, el tribalismo y la desaparición del Estado. Pero ellos, concedía Huntington, no habían entendido más que algunos aspectos de este nuevo periodo. Se disponía a anunciar el «aspecto crucial, incluso central» de lo que «será la política mundial en los próximos años». Insistía sin vacilar:

«Mi hipótesis es que la fuente esencial de conflicto en este mundo nuevo no será fundamentalmente ideológica ni fundamentalmente económica. Las grandes divisiones de la humanidad y la fuente predominante de conflicto serán de tipo cultural. Las naciones Estado seguirán siendo los actores más poderosos en la política mundial, pero los principales conflictos de dicha política se producirán entre naciones y grupos de civilizaciones distintas. El choque de civilizaciones dominará la política mundial. Las líneas divisorias entre civilizaciones serán los frentes de batalla del futuro».

La mayoría de los argumentos que figuran en las páginas siguientes consisten en una vaga noción de algo que Huntington denomina «identidad de civilización» y «las interacciones entre siete u ocho grandes civilizaciones»; su atención la acapara, sobre todo, el conflicto entre dos de ellas, Islam y Occidente. Al expresar este tipo de pensamiento beligerante, se basa en gran parte en un artículo escrito en 1990 por el veterano orientalista Bernard Lewis, cuyos colores ideológicos quedan de manifiesto en el título, «Las raíces de la ira musulmana». En ambos artículos se insiste con imprudencia en la personificación de unas entidades inmensas llamadas «Occidente» e «Islam», como si unas cuestiones tan complicadas como la identidad y la cultura existieran en un mundo de dibujos animados en el que Popeye y Brutus se golpean sin piedad y el pugilista más virtuoso de los dos es el que gana siempre a su adversario. Desde luego, ni Huntington ni Lewis dedican mucho tiempo a la dinámica interna y la pluralidad de cada civilización, ni al hecho de que la gran contienda en la mayoría de las culturas modernas es la relativa a la definición o interpretación de cada cultura, ni a la posibilidad, nada atractiva, de que, cuando se pretende hablar en nombre de toda una religión o civilización,

intervenga una gran cantidad de demagogia e ignorancia. No, Occidente es Occidente y el Islam es el Islam. El reto de los políticos occidentales, asegura Huntington, es garantizar que Occidente se haga más fuerte y se deshaga de los demás, especialmente del Islam.

Más preocupante es la teoría de Huntington de que su perspectiva —que consiste en examinar el mundo entero desde una posición ajena a todas las ataduras corrientes y las lealtades ocultas— es la acertada, como si todos los demás se dedicasen a corretear de un lado a otro en busca de respuestas que él ya tiene. En realidad, Huntington es un ideólogo, alguien que pretende convertir las «civilizaciones» y las «identidades» en lo que no son, entidades cerradas y aisladas de las que se han eliminado las mil corrientes y contracorrientes que animan la historia humana y que, a lo largo de siglos, han permitido que la historia hable no solo de guerras de religión y conquistas imperiales, sino también de intercambios, fecundación cruzada y aspectos comunes. Esta historia mucho menos visible queda ignorada por la prisa en llamar la atención sobre esa guerra ridículamente comprimida y limitada en la que, según «el choque de civilizaciones», consiste la realidad. Cuando publicó el libro del mismo título en 1996, intentó revestir su argumento de un poco más de sutileza y muchísimas más notas; pero lo único que consiguió fue confundirse, demostrar que es un escritor torpe y un pensador poco elegante. El paradigma básico de Occidente contra el resto (el enfrentamiento de la guerra fría en una nueva formulación) permanece intacto, y es lo que ha seguido siendo materia de debate, a menudo de forma insidiosa e implícita, desde los terribles sucesos del 11 de septiembre.

La matanza minuciosamente preparada, el espantoso atentado suicida cometido por un pequeño grupo de militantes trastornados y llenos de motivaciones patológicas, se ha utilizado como prueba de la tesis de Huntington. En vez de verlo como lo que es —la apropiación de grandes ideas (en un sentido amplio) por parte de una banda de fanáticos enloquecidos con fines criminales—, lumbreras internacionales como la ex primera ministra de Pakistán Benazir Bhutto o el primer ministro italiano, Silvio Berlusconi, han pontificado sobre los problemas del Islam, y Berlusconi ha recurrido a Huntington para despotricar sobre la superioridad de Occidente: «Nosotros» tenemos a Mozart y Miguel Ángel y ellos no. (Posteriormente pidió tibias disculpas por su insulto al Islam.)

¿Pero por qué no buscar paralelismos para Osama Ben Laden y sus seguidores —aunque, desde luego, con una capacidad destructiva mucho menos espectacular— en sectas como los davidianos de Waco, o los discípulos del reverendo Jim Jones en Guyana, o los japoneses de Aum Shinrikyo? Hasta el semanario británico *The Economist*, habitualmente medurado, es incapaz de resistirse a la generalización, en su número de 22-28 de septiembre, y elogia exageradamente a Huntington por sus observaciones sobre el Islam, «cruelles y generalizadoras, pero, aun así, certeras». La revista menciona con una solemnidad impropia que hoy Huntington dice que «los mil millones aproximados de musulmanes en el mundo están «convencidos de la superioridad de su cultura y obsesionados por la inferioridad de su poder». ¿Acaso ha interrogado a 100 indonesios, 200 marroquíes, 500 egipcios y 50 bosnios? Y, aun en el caso de que lo haya hecho, ¿qué muestra es ésa?

Son incontables los editoriales, en todos los periódicos y revistas importantes de EE.UU y Europa, que contribuyen a este vocabulario desmesurado y apocalíptico, cuyo uso está siempre pensado no para edificar, sino para inflamar la indignación del lector como miembro de «Occidente» y mostrar lo que tenemos que hacer. Personajes que se

erigen en combatientes emplean de forma inapropiada una retórica digna de Churchill, en la guerra de Occidente —y, sobre todo, de EE UU— contra quienes lo odian, lo saquean, lo destruyen, sin prestar apenas atención a las complejas historias que contradicen esa simplificación y que se han ido filtrando de un territorio a otro, en un proceso que acaba con los presuntos límites que nos separan a todos en distintos bandos.

Ése es el problema de etiquetas antipáticas como Islam y Occidente: confunden y desorientan a la mente que está intentando encontrar sentido en una realidad desordenada y difícil de encasillar o clasificar por las buenas. Recuerdo una ocasión en la que interrumpí a un miembro del público que se había levantado tras una conferencia que di en una universidad de Cisjordania, en 1994, y que había empezado a atacar mis ideas por considerarlas «occidentales», a diferencia de las estrictamente islámicas que defendía él. «¿Por qué lleva traje y corbata?» fue la primera ingenuidad, con la que se me ocurrió responder: «También son occidentales». Se sentó con una sonrisa avergonzada, pero yo me acordé del incidente cuando empezaron a llegar datos sobre los terroristas del 11 de septiembre, sobre cómo dominaban todos los detalles técnicos necesarios para cometer sus crímenes homicidas en el World Trade Center, el Pentágono y los aviones secuestrados. ¿Dónde discurre la línea entre la tecnología «occidental» y, en palabras de Berlusconi, la incapacidad del Islam para formar parte de la «modernidad»?

No es fácil decirlo, claro, pero qué insuficientes son, después de todo, las etiquetas, las generalizaciones, las afirmaciones culturales. En ciertos aspectos, por ejemplo, las pasiones primitivas y los conocimientos complejos se combinan de tal forma que desmienten la existencia de un muro fortificado, no solo entre «Occidente» e «Islam», sino entre el pasado y el presente, entre ellos y nosotros, para no hablar de los propios conceptos de identidad y nacionalidad, sobre los que existen un desacuerdo y un debate literalmente inacabables. Una decisión unilateral de imponer fronteras, emprender cruzadas, enfrentar nuestro bien contra su maldad, extirpar el terrorismo y —en el vocabulario nihilista de Paul Wolfowitz— acabar por completo con las naciones, no hace que sea más fácil ver las supuestas entidades; lo que hace es poner de manifiesto que es mucho más sencillo hacer declaraciones beligerantes para movilizar pasiones colectivas que reflexionar, examinar, desentrañar a qué nos enfrentamos en realidad, la interrelación de tantas vidas, tanto «suyas» como «nuestras».

En una destacada serie de tres artículos publicados entre enero y marzo de 1999 en *Amanecer*, el semanario más respetado de Pakistán, el difunto Eqbal Ahmad hacía para su público musulmán un análisis de lo que denominaba las raíces de la derecha religiosa y criticaba con gran dureza las mutilaciones del Islam por parte de absolutistas y tiranos fanáticos cuya obsesión por regular la conducta personal fomenta «un orden islámico reducido a un código penal, despojado de su humanismo, su estética, sus búsquedas intelectuales y su devoción espiritual»: una actitud que «entraña la reafirmación absoluta de un aspecto de la religión, en general descontextualizado, y un desprecio total de otro. El fenómeno distorsiona la religión, corrompe la tradición y pervierte el proceso político en los lugares en los que se desarrolla». Como ejemplo oportuno de esa corrupción, Ahmad procedía a presentar, en primer lugar, el rico, complejo y múltiple significado de la palabra *yihad*, y luego seguía diciendo que, en la palabra reducida actualmente al sentido de guerra indiscriminada contra los enemigos, es imposible «reconocer... la religión, la sociedad, la cultura, la historia o la política islámicas tal

como la han vivido los musulmanes a lo largo de los siglos». A los islamistas modernos, concluía Ahmad, «les preocupa el poder, y no el alma, la movilización del pueblo con fines políticos, y no compartir y aliviar sus sufrimientos y aspiraciones. Su orden de prioridades es muy limitado y restringido». Lo que ha empeorado todavía más las cosas es que, en los discursos «judío» y «cristiano» se producen distorsiones y fanatismos semejantes.

Fue Conrad, con más fuerza de la que podía imaginar cualquiera de sus lectores a fines del siglo XIX, quien comprendió que las distinciones entre el Londres civilizado y «el corazón de las tinieblas» se venían abajo a toda velocidad en situaciones extremas, y que las cimas de la civilización europea podían transformarse inmediatamente en las prácticas más salvajes, sin ninguna preparación ni transición. Fue también Conrad quien, en *El agente secreto* (1907), describió la afinidad del terrorismo con abstracciones como la «ciencia pura» (y, por extensión, «el Islam» u «Occidente») y, en definitiva, la degradación moral del terrorista. Porque existen, entre civilizaciones aparentemente enfrentadas, lazos más estrechos de lo que nos gustaría creer a la mayoría de nosotros y, como demostraron Freud y Nietzsche, cuando se tiene cuidado de mantener el intercambio entre una y otra, hasta las fronteras vigiladas cambian con una facilidad aterradora. Claro que esas ideas fluidas, llenas de ambigüedad y escepticismo sobre nociones a las que nos aferramos, no nos proporcionan demasiadas directrices prácticas y apropiadas para situaciones como ésta en la que nos encontramos, y por eso se recurre a un orden de batalla mucho más tranquilizador (la cruzada, el bien contra el mal, la libertad contra el miedo, etcétera), extraído de la oposición de Huntington entre el Islam y Occidente, de la que sacó su vocabulario el discurso oficial de los primeros días. Desde entonces se ha rebajado considerablemente el tono de ese discurso, pero, a juzgar por el flujo continuo de palabras y acciones inspiradas por el odio, más las noticias sobre actuaciones de las fuerzas del orden contra árabes, musulmanes e indios en todo Estados Unidos, el paradigma sigue en pie.

Otra razón más para que siga es la inquietante presencia de musulmanes en toda Europa y Estados Unidos. Si nos fijamos en las poblaciones actuales de Francia, Italia, Alemania, España, Gran Bretaña, Estados Unidos, incluso Suecia, debemos reconocer que el Islam ya no se encuentra en la periferia de Occidente, sino en pleno centro. ¿Y por qué es tan amenazadora esa presencia? En la cultura colectiva están enterrados los recuerdos de las primeras grandes conquistas árabes e islámicas, que comenzaron en el siglo VII y que, como escribe el célebre historiador belga Henri Pirenne en su libro fundamental, *Mahoma y Carlomagno* (1939), hicieron definitivamente añicos la antigua unidad del Mediterráneo, destruyeron la síntesis cristianorromana y dieron pie a una nueva civilización dominada por las potencias del norte (Alemania y la Francia carolingia), cuya misión, parece decir Pirenne, era reanudar la defensa de «Occidente» contra sus enemigos culturales e históricos. Lo que no menciona Pirenne, por desgracia, es que, para crear esa nueva línea de defensa, Occidente aprovechó el humanismo, la ciencia, la filosofía, la sociología y la historiografía del Islam, que ya se había interpuesto entre el mundo de Carlomagno y la antigüedad clásica. El Islam estaba dentro desde el principio, como tuvo que reconocer incluso Dante —gran enemigo de Mahoma— cuando situó al Profeta en el corazón de su Infierno.

Hay que tener en cuenta asimismo el legado permanente del monoteísmo, las religiones abrahámicas, como apropiadamente las llamaba Louis Massignon. Ya con el judaísmo y el cristianismo, cada una de ellas es una sucesora obsesionada por la que le

precedió: para los musulmanes, el Islam cumple y culmina la línea profética. Todavía no existe una historia decente ni una desmitificación de la complicada rivalidad entre estas tres religiones —ninguna de ellas monolítica, ni mucho menos— seguidoras del dios más celoso de todos, si bien la ensangrentada confluencia en la Palestina actual proporciona un sustancioso ejemplo secular de lo que tienen de irreconciliable, con trágicas consecuencias. No es de extrañar, pues, que musulmanes y cristianos estén dispuestos a hablar de cruzadas y *yihad* y que ambos prescindan de la presencia judía, muchas veces con una indiferencia sublime. Un proyecto así, dice Eqbal Ahmad, «resulta muy tranquilizador para los hombres y mujeres que se ven atrapados en medio... entre las aguas profundas de la tradición y la modernidad».

El caso es que todos nadamos en esas aguas, tanto occidentales como musulmanes y otros. Y, dado que las aguas forman parte del océano de la historia, intentar abrirlas o dividir las mediante barreras es inútil. Vivimos tiempos de tensión, pero más vale pensar en la existencia de comunidades poderosas e impotentes, recurrir a la política secular de la razón y la ignorancia y los principios universales de justicia e injusticia, que divagar en busca de amplias abstracciones que tal vez ofrezcan una satisfacción momentánea pero dejan poco sitio para la introspección y el análisis informado. La tesis del «choque de civilizaciones» es un truco como el de «la guerra de los mundos», más útil para reforzar el orgullo defensivo que para una interpretación crítica de la desconcertante interdependencia de nuestra época.

Tomado de *El País*, Martes, 16 de octubre de 2001